

LA PARROQUIA, CASA DE LA FAMILIA CRISTIANA

Un plan pastoral en el año sacerdotal

*Carta pastoral del Cardenal Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla*

*LA PARROQUIA,
CASA DE LA FAMILIA CRISTIANA*

Benedicto XVI anuncia y convoca un “año sacerdotal” para que, en cada uno de los días, se haga memoria de las maravillas que el Espíritu del Señor puede llegar a realizar cuando un sacerdote se pone incondicionalmente a la escucha fiel de las inspiraciones que llegan de lo Alto.

Esta conmemoración, del 150 aniversario de la muerte de San Juan María Vianney, no ha de quedarse en el grato recuerdo de un acontecimiento admirable, como algo pretérito, sino que hay que llenarlo de actualidad, haciendo “que se perciba cada vez más la importancia del papel y de la misión del sacerdote en la Iglesia y en la sociedad contemporánea”¹ .

Cimiento y clave, de este itinerario por la vida y ministerio del cura de Ars, están puestos en la necesidad de revisar un tema permanente de reflexión: “Fidelidad a Cristo, fidelidad del sacerdote”. El modelo, siempre Cristo. El sacerdote será contemplado en la figura admirable de un

¹Benedicto XVI. A la Congregación para el clero, 16-3-09

sencillo párroco en la Iglesia de Francia en los primeros años del siglo XIX (1786-1859).

La parroquia es lugar teológico, comunidad eclesial, ministerio pastoral, realidad humana y social. Definida en los cánones como “una determinada comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular, cuya cura pastoral, bajo la autoridad del Obispo diocesano, se encomienda a un párroco, como su pastor propio²”.

Benedicto XVI advierte que no puede separarse lo teológico y lo pastoral, pues estamos siempre ante un misterio de comunión, del que la parroquia está llamada a ser un signo claro y comprensible³. La parroquia es la casa de la familia cristiana. Entraremos en ella por cuatro grandes puertas, y siempre de la mano del santo cura de Ars. La parroquia como escuela de la palabra y de la fe; comunidad que celebra los sacramentos y vive el encuentro fraterno de comunión; espacio privilegiado para la caridad; experiencia viva de conversión, testimonio y misión.

Id y anunciad el Evangelio en obras y en palabras. Esta es nuestra misión permanente e ineludible. Para llevarla a cabo, nos valemos de distintas acciones, que respondan a lo que puedan necesitar los hombres y mujeres de nuestro tiempo

²Código de Derecho Canónico, c. 515, 1).

³(Benedicto XVI. Asamblea del Consejo de Laicos, 22-9-06

para vivir según el Evangelio. Todo ello es lo que llamamos el plan pastoral, que no es otra cosa que definir los puntos de reflexión y las líneas operativas que queremos seguir.

El plan pastoral y permanente de una parroquia no es otro que vivir y predicar el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Poner el Evangelio en medio de todos los ambientes y hacer que todas las cosas se transformen por la fuerza interior de la Buena Noticia⁴. Los ministerios fundamentales de la evangelización (palabra, sacramento, caridad y misión) son imprescindibles. Las acciones son muy variadas y tendrán que responder fielmente al ministerio de evangelizar que se ha recibido y a las necesidades reales de los hombres a los que tenemos que servir.

Sin abandonar, ni restar importancia, ni ceder en el trabajo con el que se vienen realizando las diversas e imprescindibles acciones pastorales, se puede poner una especial atención en alcanzar algunos objetivos prioritarios, debido a una necesidad particular o a unas determinadas circunstancias. Son los planes pastorales periódicos.

Benedicto XVI, al cumplirse los ciento cincuenta años de la muerte del cura de Ars, ha querido celebrar un año santo sacerdotal, con el fin de recordar a sacerdotes y fieles la importancia

⁴Pablo VI. Evangelii nuntiandi 8.

del sacerdote en la vida de la Iglesia. Al comienzo de este año sacerdotal, el mismo Papa dirigía una carta de convocación a todos los sacerdotes en la que expresaba su deseo de que todas las celebraciones contribuyeran a la renovación interior del sacerdote y a ofrecer un verdadero testimonio evangelizador⁵.

LA PARROQUIA, CASA DE LA FAMILIA CRISTIANA

Después de superar innumerables dificultades para completar sus estudios eclesiásticos, el presbítero Juan María Vianney es destinado como capellán a Ars. Allí se colmarían todas las aspiraciones de su vida sacerdotal: estar con Cristo allí donde Cristo quiera. Al llegar el presbítero Juan María, ni siquiera tenía la consideración de parroquia. No era más que una pequeña capellanía. Lo mismo daba. Ars quedaría siempre unido al nombre del cura, del párroco Santo, Juan María Vianney.

Es una demarcación canónica y un lugar donde se desarrollan unas acciones sacramentales y pastorales. Pero la parroquia es, sobre todo, una comunidad cristiana, formada por hombres y mujeres bautizados que quieren vivir según el modelo apostólico: escuchar la palabra de Dios, celebrar la Eucaristía y practicar la caridad fraterna.

⁵ Carta para la convocación de un año sacerdotal con ocasión del 150 aniversario del dies natalis del Santo Cura de Ars (16-6-09)

Una comunidad, por otra parte, siempre abierta al que llega y dispuesta a ofrecer y compartir la fe y la caridad. Como entidad fundamental es signo de vinculación, comunidad de fe, espacio de participación y corresponsabilidad, pastoral de conjunto, comunidad enviada y misionera que celebra la Eucaristía en espera de su Señor. Una fraternidad eclesial y una comunidad eucarística. Lugar privilegiado para el anuncio de la palabra de Dios y la celebración de la Eucaristía. Si no se cuida bien este aliento de la palabra y del Pan de vida, la parroquia se vuelve estéril.

Con un párroco como pastor propio y bajo la autoridad del obispo. Esta vinculación intrínseca, con la comunidad diocesana y con su obispo, asegura a la comunidad parroquial la pertenencia a la Iglesia universal⁶.

Lugar teológico. Benedicto XVI recuerda los criterios fundamentales que definen la naturaleza de la comunidad cristiana y, por tanto, también de toda parroquia. El modelo de referencia no es otro que la primera comunidad de Jerusalén: perseveraban en la escucha de la enseñanza de los Apóstoles, en la unión fraterna, en la fracción del pan, en la oración, en la hospitalidad y en el compartir los bienes ⁷.

⁶Congregación para el Clero. El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial (18-10-07) 18-26).

⁷Benedicto XVI. Asamblea del Consejo de laicos 22-9-06)

La parroquia es un “lugar teológico”, donde el hombre se encuentra con Dios en la Palabra, en los sacramentos y en la caridad fraterna. El sacerdote anuncia el Evangelio, da a conocer a Jesucristo, cuida de la autenticidad y de la fidelidad de la fe, mantiene en la Iglesia el espíritu evangelizador. El sacerdote es dispensador de los misterios de Dios, sobre todo el de la Eucaristía y del perdón de los pecados. Es pastor que mantiene y edifica la comunión en la comunidad que se le confía⁸.

Ni una carga, ni un oficio, ni una simple función, sino que el sacerdote está configurado con Cristo, actúa en nombre de Cristo. Elegido de entre los hombres y permaneciendo cerca de ellos, pero consagrado enteramente a la obra de la salvación. La función del sacerdote está unida a la de Cristo: construye, santifica y gobierna su Cuerpo⁹.

Comunidad eclesial. Decía Benedicto XVI a los párrocos de Roma que la parroquia tiene que ser una “comunidad eclesial” y una “familia eclesial”. Nunca puede quedarse en una masa de fieles anónimos¹⁰. Impulsor y primer artífice de esta unidad eclesial tiene que ser el párroco. Pero sabiendo integrar a todos en el trabajo de la

⁸Cf. Juan Pablo II. Retiro espiritual con los obispos, sacerdotes, diáconos y seminaristas. Ars 6-10-86.

⁹Ibid. 2.

¹⁰Benedicto XVI. A los párrocos de Roma 13-5-05.

parroquia, y teniendo en cuenta dos formas de autotranscendencia: colaborar en la diócesis y que el Evangelio pueda llegar a todos, incluidos ateos, agnósticos e indiferentes¹¹.

Compartir, colaborar, sentirse corresponsables. Este es el estilo que debe animar la vida de la parroquia. La comunión eclesial exige la participación responsable y activa de todos: obispo, sacerdotes, diáconos, miembros de la vida consagrada, asociaciones, movimientos y comunidades. La unidad y sintonía entre todos formará una Iglesia particular viva y orgánicamente insertada en el pueblo de Dios¹².

La Iglesia, con Cristo resucitado, no duerme, sino que se revitaliza continuamente por la gracia del Espíritu. Como lo recomienda Benedicto XVI, hay que bendecir al Señor por la madurez y vitalidad de nuestras comunidades parroquiales, en la entrega de muchos laicos que colaboran en la nueva evangelización; por los catequistas que, con ejemplar abnegación, hacen resonar la palabra de Dios en medio de las parroquias; por la entusiasmada presencia de los jóvenes; por los nuevos movimientos eclesiales y su dinamismo evangelizador; por la revitalización y nueva creación de institutos de vida consagrada; por las numerosas obras educativas, asistenciales

¹¹ Benedicto XVI. A los sacerdotes de Albano 31-8-06

¹² Benedicto XVI. Homilía. Vigévano 21-4-07).

y hospitalarias promovidas por la Iglesia católica¹³. Todo ello es una señal de la presencia del Espíritu en la Iglesia.

Pero también se constata cierto debilitamiento de la vida cristiana y hasta de una clara conciencia de pertenecer a la Iglesia católica. El secularismo roba el alma y vuelve a la persona indiferente ante las cosas de Dios. Ya nada importa nada. En esta situación, al estar atrapado por el propio subjetivismo, resulta fácil el ser manipulado por cualquier secta o movimiento pseudoreligioso.

La parroquia tiene que ser una señal de la presencia de Dios y de la Iglesia en medio del mundo y con la Iglesia. Decía Benedicto XVI, que la realidad se falsifica cuando de ella se excluye a Dios. Se quiere ayudar a mejorar la sociedad, el mundo, pero las recetas no resultan eficaces y los caminos están equivocados. Sin Dios, la realidad es un concepto incompleto y, en definitiva, falso. "Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano"¹⁴. Hay que emprender el camino, pero como verdaderos discípulos de Cristo. No se puede hacer en solitario, metidos en un egoísmo anquilosante y obstructivo. Caminamos con Cristo y con nuestros hermanos. Esta es nuestra seguridad y nuestra confianza.

¹³Aparecida. Discurso en la inauguración de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe 13-5-07.

¹⁴Ibid

Razón y fundamento vocacional. En el seno de la comunidad cristiana, en este caso la parroquia, es de donde tienen que surgir los ministros que la sirvan. Presbíteros y diáconos, ministros y personas consagradas, catequistas y servidores de la caridad y de los enfermos. Pero, de una manera particular, la vocación sacerdotal del anunciador de la palabra y el ministro del perdón.

Cristo es el principio y la garantía de la vocación. No nos empeñemos en querer justificar la vocación con unas motivaciones que no sean las de una incondicional y valiente entrega de la vida al servicio del amor de Dios manifestado en Jesucristo. Si se quiere "hacer latir el corazón del mundo", primero hay que dejar que Cristo haga vibrar el espíritu de los hombres con toda la fuerza de su vida, entregada sin reserva a poner en el corazón de los hombres el amor de Dios.

Los sacerdotes no son pregoneros de unas determinadas ideas, por muy apreciables que sean, sino de Cristo. Y lo hacen, ante todo, con el testimonio de su propia vida. Quien trata de anunciar a Cristo tiene que ser una persona embelesada con el Señor, llena de su Espíritu, entusiasmada con la doctrina y la persona de Cristo. Solamente así podrá acercarse a los demás y les hablará de lo que ha visto en Cristo y lo que ha oído de sus labios: si quieres venir conmigo, déjalo todo y sígueme.

Es un don que Cristo ha dado a la Iglesia; por eso, el sacerdote, además de tener clara conciencia de que ha sido llamado, tiene que poner a disposición de la comunidad humana el Espíritu que ha recibido con el sacramento del orden.

El ministerio del sacerdote es imprescindible en la comunidad cristiana. Por eso, nunca podremos resignarnos a ver reducido el número de las vocaciones sacerdotales y de las ordenaciones. "Esta resignación sería un signo fatal para la vitalidad del pueblo cristiano, sería peligroso para su futuro y para su misión. Y sería ambiguo, bajo pretexto de hacer frente con realismo al próximo futuro, organizar las comunidades cristianas como si éstas pudieran prescindir, en gran parte, del ministerio sacerdotal. Preguntémosnos, por el contrario, si hacemos todo lo posible para avivar en el pueblo cristiano la conciencia de la belleza y de la necesidad del sacerdocio, para despertar las vocaciones, estimularlas y conseguir que maduren¹⁵".

Ministerio pastoral. Como la Iglesia, la parroquia tiene su razón de existencia en la evangelización, que se lleva a cabo, de una forma práctica, en las distintas acciones que pueden realizarse para dar a conocer la palabra de Dios, celebrar los sacramentos y vivir la caridad fraterna. Las acciones pueden ser muchas y variadas; la

¹⁵Juan Pablo II. Retiro Espiritual ... 4.

finalidad siempre la misma: vivir según el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Acercando a todos al amor de Dios, que es el único capaz de colmar las más altas aspiraciones del hombre.

En las actuales circunstancias, es muy difícil que el párroco conozca y pueda llegar directamente a cada uno de sus feligreses. Será necesaria la responsabilidad y la colaboración de cuantos están implicados en los diversos ministerios y actividades de la vida parroquial. Cuantos forman la comunidad eclesial deben colaborar y ayudar. Pero teniendo en cuenta que el párroco no es siempre un eficaz coordinador, sino el pastor enviado por el obispo para gobernar en la caridad a la porción del pueblo de Dios que se le ha confiado¹⁶.

Con el anuncio del Evangelio, la llamada a la conversión y la práctica de la misericordia. Así quería edificar la Iglesia el cura de Ars. La Eucaristía sería el centro de la vida parroquial. Se debía celebrar en tal forma que se tomara verdadera conciencia de la viva presencia de Cristo. La comunión tenía que ser frecuente y la adoración al Santísimo cuantas veces se pudiera¹⁷.

El cura de Ars tiene que "convertir, curar, salvar". Eran las tres palabras maestras de su misión. Él había llegado como párroco para

¹⁶Benedicto XVI. Al clero de Belbbuno 24-7-07

¹⁷Juan Pablo II. Homilía en la concelebración eucarística. Ars 6-10-86.

ejerger su sacerdocio, que acababa de recibir en la ordenación, y ofrecerse con Cristo en un sacrificio grato a Dios Padre. Era lo más grande y admirable que podía hacer cada día. Cualquier otra ocupación, por santa que fuera, no podía nunca compararse con la celebración de la Eucaristía.

Las acciones pastorales en la parroquia son tan variadas como imprescindibles. Lo fundamental, el misterio de la Eucaristía. En torno a él, el anuncio de la palabra de Dios y el sacramento de la penitencia. Pero también el testimonio de una presencia ejemplar en ambientes no cristianos; la cercanía a las familias, la práctica de la caridad y de la justicia y el cuidado de los enfermos y de los pobres... ¹⁸.

Dimensión humana y social. Situada en medio del pueblo, la parroquia es una realidad incuestionablemente humana, formada por hombres y mujeres que quieren vivir la fe de Jesucristo y servir a los demás. Ninguna de las realidades humanas alejan a la Iglesia de sus responsabilidades sociales. Quienes componen la Iglesia, son ciudadanos de este mundo, con todo lo que ello puede significar.

Aunque su finalidad sea preferentemente espiritual, conocer la verdad y salvarse, la parroquia tiene también una dimensión social y puede ser,

¹⁸Juan Pablo II. Carta a los sacerdotes . . .

en muchos momentos, el aglutinante, el centro de la vida social de un pueblo. “No debemos andar siempre por las nubes, por las altísimas nubes del Misterio; también debemos estar con los pies en la tierra y vivir juntos la alegría de ser una gran familia: la pequeña gran familia de la parroquia, la gran familia de la diócesis, la gran familia de la Iglesia universal”¹⁹ .

A la casa parroquial acuden los hombres y las mujeres con los problemas más variados: laborales, sociales, familiares, espirituales... El párroco conoce muy de cerca la realidad humana de las personas y trata de ayudarlas.

El buen pastor no se contenta con aguardar a que los demás vengan a su casa, sino que sale en busca de cuantos componen su parroquia, aunque estén distanciados de ella por el enfriamiento de su fe o por cualquiera otra razón. La parroquia tiene que ser la “patria interior”, como dice Benedicto XVI, en la que todos se sientan acogidos en la Iglesia universal²⁰ .

“La caridad, como nos acaba de decir Benedicto XVI, es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia. Todas las responsabilidades y compromisos trazados por esta doctrina

¹⁹Benedicto XVI. Al clero de Belbuno 27-7-07.

²⁰Benedicto XVI. Homilía en la Catedral de Munich 10-9-06.

proviene de la caridad que, según la enseñanza de Jesús, es la síntesis de toda la Ley"²¹ .

LA PARROQUIA, APOSTOLADO Y MINISTERIOS PASTORALES

Dentro de la riqueza evangelizadora y pastoral de la Iglesia, hay unos capítulos esenciales, que nunca pueden faltar, y a los que hay que dedicar toda la atención. Son fuente de santidad, tanto para el ministro como para los fieles.

Los sacramentos, especialmente la Eucaristía, constituyen el centro de la vida parroquial. La caridad está abierta a las peculiares necesidades sociales. Cuidar de los ancianos, de los débiles, de los abandonados, los enfermos, de los moribundos. Dedicar particular atención a los pobres y a los afligidos. Educar en la práctica de las obras de misericordia espirituales y corporales como prioridad pastoral. Es el signo de vitalidad de una comunidad cristiana. Tampoco puede olvidarse la función propia de los fieles laicos en la misión de la Iglesia: impulsar y perfeccionar el orden temporal con espíritu evangélico²² .

Escuela de la Palabra y de la fe. "Hacer que vuestra parroquia -decía Benedicto XVI- sea una verdadera familia, donde la fidelidad a la

²¹ Caritas in veritate, 2.

²² Cf. Congregación para el Clero. El presbítero . . .

palabra de Dios y a la tradición de la Iglesia se transforme día tras día, cada vez más, en la regla de vida"²³ . Si se quiere que la parroquia sea un lugar de hospitalidad de la fe, habrá que crear espacios de acercamiento a la palabra de Dios.

Lo primero, creer en Jesús. Es la identificación con él por el bautismo. La vida del cristiano está escondida con Cristo en Dios (Col 3,3). El discípulo sigue las enseñanzas de su Maestro, imita sus actitudes y conductas, se esfuerza en seguir a quien considera el más sublime y fascinante modelo de vida. Si es discípulo y seguidor de Cristo, tendrá los mismos intereses que el Señor, que no son otros que la salvación, la liberación del pecado y de la muerte.

Ministerio del sacerdote ha de ser el *poder llevar a los demás el alimento de la palabra*. Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero (Salmo 118). Con la lámpara encendida para alumbrar tu camino y el de cuantos han de caminar contigo. Pero siempre has de recordar que tú llevas la lámpara, pero que solamente Cristo es la luz. Tu eres la voz, pero únicamente Cristo es el dueño de la Palabra.

En el proceso de la iniciación cristiana es imprescindible una adecuada catequesis, tanto para quien realiza personalmente ese itinerario en la fe de Jesucristo, como para quienes han

²³Homilía. Parroquia Padre misericordioso 25-3-06

de ser los responsables del acompañamiento del catecúmeno. A la manera de esa primera etapa de iniciación, se hace necesario ofrecer un catecumenado para jóvenes y para adultos, en el que se siguen los pasos necesarios para reafirmar y vivir el misterio de Cristo.

En este proceso catecumenal es imprescindible que cuanto se aprenda vaya integrándose, de una manera progresiva, en lo que debe ser la formación cristiana. Además, si se desea que este catecumenado llegue hasta el final, ha de ser entusiasmante para que, quien lo reciba, sienta y vea cómo el acercamiento a la forma de vivir según Cristo va llenando su vida de un gozo nuevo y distinto, la de una alegría meramente humana.

Señal evidente de un buen catecumenado es esa relación entre conocimiento y vida, entre la fe y la conducta. Ello se manifiesta en la integración plena en la comunidad cristiana y en el compromiso cristiano en medio del mundo y dentro de la misión de la Iglesia.

La palabra de Dios conduce hasta la comunidad parroquial y hace vivir la comunión entre todos aquellos que escuchan la voz del mismo Espíritu. Allí se aprende también a interpretarla y a vivir la existencia de cada día, sobre todo en la práctica de la caridad fraterna.

Orar, contemplar y celebrar, siempre siguiendo a Cristo orante. Cristo revela el sentido completo de las Escrituras. Lo esencial que nos revelan las Escrituras es Jesucristo: la verdadera palabra de Dios, Logos, Verbum Dei, Hijo de Dios. Si Cristo es fuerza de Dios y sabiduría de Dios, según el apóstol Pablo, también el que desconoce las Escrituras, desconoce la fuerza de Dios y su sabiduría. Desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo²⁴ .

El cura de Ars vivía en estado de continua oración, "sin que de él lo distrajeran ni la pesada fatiga de las confesiones ni las demás obligaciones pastorales. Conservaba una unión constante con Dios en medio de una vida excesivamente ocupada"²⁵ . Este es el remedio, el de la oración, ante el activismo y la presunción de una eficacia meramente condicionada al propio trabajo.

La oración es un inaplazable trabajo que realizar en este camino para recuperar, si se ha debilitado, el entusiasmo sacerdotal. Sin oración, la vida sacerdotal se percibe vacía y poco menos que sin sentido. Con la oración, se vive el gozo de la insuperable realidad de la identificación con Cristo.

Comunidad que celebra los sacramentos.
La Eucaristía es la máxima y más perfecta expresión

²⁴San Jerónimo. Comentarium in Isaiam, pro

²⁵Juan XXIII. Sacerdotii nostri . . . , 13

de la comunión eclesial. Los diversos carismas y ministerios estarán presentes, de una manera activa y corresponsable, en la vida parroquial. Sin rivalidad alguna, sino en una cooperación mutua y cordial en las tareas apostólicas. Un programa de pastoral común, bajo la dirección del párroco²⁶.

La parroquia tiene que suscitar y alimentar entre los fieles sentimientos de comunión fraterna. No una simple unidad social, sino unidos en Cristo y con un solo bautismo. El sacerdote tiene que ser signo y ministro de esta comunión. Esta unidad de fe y de oración se manifiesta de una manera particular en la Eucaristía. La devoción del cura de Ars a nuestro Señor, "presente en el Santísimo Sacramento del altar, era verdaderamente extraordinaria. En todo momento inculcaba él a los fieles el respeto y el amor a la divina presencia eucarística, invitándoles a acercarse con frecuencia a la santa mesa, y él mismo les daba ejemplo de esta tan profunda piedad: Para convencerse de ello -refieren los testigos- bastaba verle celebrar la santa misa, y verle cómo se arrodillaba cuando pasaba ante el Tabernáculo"²⁷.

Muchas son las lecciones que el sacerdote puede aprender en la escuela de este párroco de Ars. Entre ellas, la de poner el sacramento de

²⁶ Benedicto XVI. A los obispos de Polonia 17-11-05.

²⁷ Juan XXIII. Sacerdotii nostri. . . , 16.

la penitencia en el centro de las preocupaciones pastorales²⁸.

Decía Juan Pablo II a los sacerdotes, que no se trata de copiar literalmente la actividad de Juan María Vianney y su ejemplo de confesor, pero sí sus motivaciones y actitudes. Es urgente una pastoral de la reconciliación sacramental, que los cristianos descubran el sentido del pecado, así como la necesidad de convertirse y recibir el perdón de la Iglesia. El sacerdote tiene que estar gozosamente disponible para este ministerio. Dedicar tiempo al confesonario, incluso darle prioridad sobre otras actividades pastorales²⁹.

La dedicación de Juan María Vianney al sacramento de la penitencia fue incansable. Era su carisma, el que el Espíritu le había regalado. Es don que llega a todos los sacerdotes y que les hace ministros de la reconciliación. Pero este ministerio recibido no es para el propio sacerdote, sino para que lo emplee en perdonar los pecados de los demás.

El sacerdote no puede resignarse con ver los confesonarios vacíos, ni con la indiferencia de los fieles ante la necesidad de la confesión. "En Francia, en tiempos del Santo Cura de Ars, la confesión no era ni más fácil ni más frecuente que en nuestros días, pues el vendaval revolucionario

²⁸Benedicto XVI. Carta para la convocación

²⁹Juan Pablo II. Carta a los sacerdotes

había arrasado desde hacía tiempo la práctica religiosa. Pero él intentó por todos los medios, en la predicación y con consejos persuasivos, que sus parroquianos redescubriesen el significado y la belleza de la penitencia sacramental, mostrándola como una íntima exigencia de la presencia eucarística”³⁰.

Sin la Eucaristía, “nuestra fe se reduciría a una moral, a una idea, a una doctrina, a un hecho del pasado, y los sacerdotes pareceríamos profesores o consejeros, más que mistagogos que introducen a las personas en el misterio. La palabra de Dios es un anuncio que se realiza en la liturgia y que mantiene una relación sorprendente con ella”³¹.

El cura de Ars estaba convencido de que la vida y ministerio del sacerdote dependía de la celebración de la santa misa. La relajación o el fervor tenían su origen en el altar en el que el sacerdote se ofrece con Cristo³².

Espacio privilegiado para la caridad. Como nos dice Benedicto XVI: “Es un deber importante alentar a los cristianos que, animados por su espíritu de fe y caridad, trabajan incansablemente para ofrecer nuevas oportunidades a quienes se encuentran en la pobreza o en las zonas

³⁰Benedicto XVI. Carta para convocación . . .

³¹Benedicto XVI. A los párrocos de Roma 26-2-09

³²Carta para la convocación . . .

periféricas más abandonadas, para que puedan ser protagonistas activos de su propio desarrollo, llevándoles un mensaje de fe, de esperanza y de solidaridad”³³.

Olvidar la ayuda a los necesitados sería tanto como robarles aquello que les pertenece, no solamente por justicia, sino porque ese amor que hemos recibido no es sólo para nosotros. En la práctica de la caridad todo es nuevo, distinto. La persona necesitada se convierte en hermano, y la ayuda que se le presta deja de ser una acción de simple beneficencia para transformarse en una obligación de justicia, nacida de la unión de todos en el inconmensurable amor de Dios. La caridad no puede decir basta, hasta aquí hemos llegado. El amor no tiene límite, pues su medida es la infinita entrega de Jesucristo en favor de todos.

No se puede separar la oración de los sacramentos, ni la misión del testimonio, ni la caridad de la Iglesia. Solamente identificándose con Cristo puede el cristiano ser auténtico testigo de un amor lleno de misericordia. Pues, como ha dicho el Papa, han de vivir unidos el bálsamo de la fe y el pan de la justicia. De esta manera, el amor será un lenguaje que llegue directamente al corazón y abra a la confianza de quienes están dispuestos a dar razón de su esperanza cristiana³⁴.

³³Benedicto XVI. A la Comisión para América Latina, 20-1-07

³⁴Benedicto XVI. A las Confraternidades de la misericordia 24-5-07

La parroquia vive la experiencia de la caridad fraterna en la unión con los hermanos y en la celebración de la Eucaristía. Pero, "la anhelada renovación de la parroquia no puede ser resultado sólo de oportunas iniciativas pastorales, por más útiles que sean, ni de programas elaborados en despachos. Inspirándose en el modelo apostólico, tal y como aparece en los Hechos de los Apóstoles, la parroquia se redescubre en el encuentro con Cristo, especialmente en la Eucaristía... De la unión constante con Cristo la parroquia saca vigor para comprometerse sin cesar al servicio de los hermanos, especialmente de los pobres, para quienes representa de hecho el primer punto de referencia"³⁵. "Cuanto más viva es la fe eucarística en el pueblo de Dios, más profunda es su participación en la vida eclesial a través de la adhesión consciente a la misión que Cristo ha confiado a sus discípulos"³⁶.

Para la parroquia, como para la Iglesia, la caridad es todo. El don más grande que Dios nos ha dado para confirmar su promesa y nuestra esperanza³⁷.

Experiencia viva de conversión, testimonio y misión. El encuentro con Jesús no deja indiferentes, transforma por completo a la persona y, en

³⁵Benedicto XVI. Asamblea del Consejo de laicos 22-9-06.

³⁶Sacramentum caritatis 6.

³⁷Cf. Benedicto XVI. Caritas in veritate, 2.

adelante, no puede tener otra forma de vida que la misma que ha visto y aprendido en Jesús.

Si muy amplio y heterogéneo es el campo donde hay que trabajar, no son menos los enormes retos que debe afrontar la Iglesia en su misión evangelizadora. Por tanto, grande y entusiasmado ha de ser el empeño de todos para asumir la responsabilidad como bautizados, y seguir con gozo la llamada de Cristo a trabajar en la viña y rebaño que Él cuida.

Pueblo de Dios en misión, así quiso llamar Juan Pablo II a la parroquia, a la que exhortaba a salir de sí misma y buscar su lugar allí donde vivía la gente. *Id por todo el mundo y anunciad el Evangelio (Mc 16, 15)*. El discípulo ha recibido el encargo de ser misionero, sin fronteras de ninguna clase. El peregrino se ha hecho discípulo y el discípulo misionero, que camina y anuncia a todos lo que ha visto y oído en el encuentro con el Señor. Si ha sido bautizado en Cristo, el nombre del Salvador ha de ser anunciado a todos los pueblos.

Esta disposición de vida personal y de entrega apostólica, no puede reducirse a un servicio intraeclesial, sino que ha de trascender el ámbito del propio grupo, de la propia asociación, para salir a evangelizar y llevar la forma de vida de Jesús a todos los ambientes y transformar la misma sociedad con la fuerza del Evangelio.

Las parroquias tienen que adoptar una actitud más misionera y abierta a todas las fuerzas vivas de que dispone la Iglesia³⁸. Y llegar más allá del propio ámbito comunitario, para encontrarse con los que están alejados, los indiferentes y los que no tienen fe, y decirles una palabra misionera³⁹.

LA PARROQUIA Y EL PÁRROCO

Son muchos los movimientos, asociaciones y comunidades que desean responder, siempre desde el Evangelio, a las múltiples exigencias pastorales del mundo y de los hombres de hoy. Cada movimiento o asociación tiene su finalidad, sus objetivos concretos. Unos a otros se complementan y ayudan mutuamente y se ofrecen colaboración. Todos están en la Iglesia, sirven a la Iglesia, persiguen idénticos ideales de santificación personal y anuncio del Evangelio. Cada uno tiene su carisma, su estilo y sus métodos de evangelizar. Unos y otros son complementarios. Todos colaboran en la misma y única misión de la Iglesia.

El método pastoral del cura de Ars se basaba en la plena identificación de su ministerio sacerdotal con la persona y la misión de Cristo, en una completa sumisión a la voluntad de Dios. La parroquia era su casa y el ministerio su vida⁴⁰.

³⁸Benedicto XVI. A la Conferencia Episcopal Italiana 30-5-05

³⁹Benedicto XVI. A los sacerdotes de Albano 31-8-06 .

⁴⁰Benedicto XVI. Carta para la convocación . . .

Caridad pastoral. No cabe la menor duda de que la grandeza del sacerdote consiste en la imitación de Jesucristo. Si alguno quiere seguirme, renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga. El Santo Cura de Ars, según se refiere, había meditado con frecuencia esta frase de nuestro Señor y procuraba ponerla en práctica. Dios le hizo la gracia de que permaneciera heroicamente fiel; y su ejemplo nos guía aún por los caminos de la ascesis, en la que brilla con gran esplendor por su pobreza, castidad y obediencia⁴¹.

La caridad pastoral, el *officium amoris*, es el principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote, es lo que “da vida” al ministerio. Es el amor tal como se vive en la Iglesia, verdadera amistad sobrenatural y signo de comunión con Dios y con el prójimo. Opción fundamental y alma del ministerio. Identificación con Cristo en sus actitudes y comportamientos.

El párroco y la parroquia

Al frente, y como el primer servidor y maestro de la parroquia, está el párroco. “El párroco es el pastor propio de la parroquia que se le confía, y ejerce la cura pastoral de la comunidad que le está encomendada bajo la autoridad del Obispo diocesano, en cuyo ministerio de Cristo ha sido llamado a participar, para que en esa misma

⁴¹Ibid. 5

comunidad cumpla las funciones de enseñar, santificar y regir, con la cooperación también de otros presbíteros o diáconos, y con la ayuda de fieles laicos, conforme a la norma del derecho⁴².

Por medio del párroco Cristo está presente a través de la predicación y la guía de los fieles, tareas a las que el presbítero está llamado personalmente. Es la representación sacramental de Cristo para hacerse servidor de la Iglesia, de los hermanos. Signo visible de la comunión, de la guía y del servicio de todos, de la unidad interior entre la vida espiritual y la actividad ministerial. Inflamado por el amor de Cristo y por la consiguiente caridad pastoral tendrá en su vida como el primero e inexcusable ministerio la celebración de la Eucaristía, la predicación de la Palabra y la práctica de la caridad⁴³.

“El Cura de Ars, patrono de los párrocos, ha llegado a una eximia santidad a través de la generosa e incansable dedicación a la cura de almas, acompañada de una profunda ascesis y de una gran vida interior. Estos pastores, inflamados por el amor de Cristo y por la consiguiente caridad pastoral, constituyen un Evangelio vivo⁴⁴.”

El sacerdote Vianney había llegado a la parroquia de Ars como hombre lleno de fe, que

⁴²Ibid. 519, 1

⁴³Congregación para el clero. El presbítero . . . , 1.

⁴⁴Ibid. 11.

confiaba en el Señor que le enviaba como pastor de aquella pequeña comunidad. "San Juan María Vianney no se contentó con el cumplimiento ritual de los actos propios de su ministerio. Trató de conformar su corazón y su vida al modelo de Cristo. La oración fue el alma de su vida. Una oración silenciosa, contemplativa; las más de las veces en su iglesia, al pie del tabernáculo. Por Cristo, su alma se abrió a las tres Personas Divinas, a las que en el testamento él entregaría "su pobre alma". Él conservó una unión constante con Dios en medio de una vida sumamente ocupada. Y nunca descuidó ni el oficio divino ni el rosario. De modo espontáneo se dirigía constantemente a la Virgen"⁴⁵.

Familia de familias. Benedicto XVI se ha referido a la parroquia como "familia de familias". Esa comunidad en la que están presentes y viven su misma vida cristiana, aunque con carismas y dones distintos, tantos grupos diferentes, pero todos unidos en el mismo Espíritu y llamados a desempeñar la única misión de la Iglesia: evangelizar.

Como una familia numerosa, variada, universal, metida en las realidades concretas de este mundo, iluminada y dirigida por el amor y la fuerza del Espíritu Santo, así aparece la Iglesia. Hombres y mujeres de toda raza y nación han sido llamados. Cada uno aporta su diferencia y recibe dones y favores distintos. Son los carismas,

⁴⁵Juan Pablo II. Carta a los sacerdotes. . .

las fuerzas y la gracia que se necesita para llevar a cabo una misión en favor de toda la comunidad, de todos los hombres y mujeres que forman la gran familia de Dios.

Como las funciones a desempeñar son distintas, también las responsabilidades que se asumen; es lógico que haya formas distintas, no sólo de actuar, sino de estar comprometidos en la Iglesia con una misión determinada y concreta. Hay seglares que asumen cometidos tan específicos como el de ser profesor de religión, catequista, dirigente de asociaciones, responsable de un grupo de caridad, de liturgia, de oración, de apostolado... Todos son fieles seglares. Cada uno distinto en esta variedad de carismas y ministerios que hay en una sola Iglesia.

Pensemos en ese mosaico admirable que forma la Iglesia con los sacerdotes y los diáconos, las personas consagradas, los movimientos apostólicos, las comunidades y asociaciones de fieles, la vida y el testimonio cristiano. Todos hemos sido llamados a evangelizar y a dar testimonio de Cristo. Pero Él ha puesto una condición de eficacia: si queremos que el mundo crea, tenemos que mantenernos unidos. Esta fue la oración al Padre: "que sean uno para que el mundo crea" (*Jn 17,21*).

Contamos con seglares bien formados en el campo de la teología, de la cultura, de la

presencia social de la Iglesia. Sin embargo, parece que los laicos no han asumido todavía, al menos en el nivel deseado, el papel que les corresponde como cristianos en la Iglesia y la sociedad.

También puede ser que los sacerdotes no dejen el suficiente espacio para una participación consciente y responsable del seglar en la vida y misión de la Iglesia. A ello hay que unir la falta de consiliarios, el recelo recíproco hacia algunas asociaciones y movimientos y la apatía e indiferencia ante el compromiso apostólico.

La relación entre la vida consagrada y la parroquia se inscribe dentro del necesario intercambio de dones entre los distintos miembros de la Iglesia, así como la llamada común a la santidad y a la evangelización, particularmente ante los retos con los que el tiempo presente desafía la credibilidad evangelizadora de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II propició la acogida de los nuevos carismas suscitados por el Espíritu Santo, indicando que "en las circunstancias actuales es de todo punto necesario que en la esfera de la acción seglar se robustezca la forma asociada y organizada del apostolado, puesto que la estrecha unión de las fuerzas es la única que vale para lograr plenamente los fines del apostolado"⁴⁶.

Estas instituciones eclesiales articuladas

⁴⁶Apostolicam actuaositatem, 18.

como asociaciones, movimientos o nuevas comunidades eclesiales tienen como signo interno una rica vida, articulada y organizada con diligencia, sujeta a unas normas que ayudan a crecer como miembro de la institución y de la Iglesia; su espiritualidad queda muy definida generando ámbitos apostólicos y reforzando la identidad personal y del grupo, dando el movimiento seguridades espirituales e incluso sociales frente a un mundo complejo y pluralista donde prima el individualismo.

ESPIRITUALIDAD PARROQUIAL

Todos nosotros, dice San Pablo (2Cor 18), los que hemos recibido el Espíritu Santo, manifestamos, a rostro descubierto, la gloria del Señor. La espiritualidad es el reflejo vivencial de esa fe bien asumida y fuertemente arraigada. El Espíritu no destruye la realidad humana, sino que la santifica. El cristiano aparece ante el mundo en su realidad personal, pero como un hombre nuevo: el nacido en la resurrección de Cristo y enriquecido con la gracia del Espíritu Santo.

Lo que decimos de la persona, en su condición individual, vale también para la comunidad, pero añadiendo la gracia de la fraternidad eclesial, que es mucho más que la simple unidad de los individuos en un grupo.

Modelo y referente de la espiritualidad parroquial es siempre la primera comunidad cristiana de Jerusalén . La palabra que recibían de los apóstoles era el alimento permanente y eficaz para su fe. Celebraban la Eucaristía como memoria del Señor resucitado. Compartían con los pobres lo que de Dios habían recibido. Su actitud era de sencillez, humildad y gozo agradecido.

Esta forma de vivir, esta espiritualidad, refleja la comunión con Cristo y con todos los redimidos, con los que se comparte la fe, los sacramentos y los bienes que se poseen. Es una espiritualidad agradecida, que se expresa en la alegría y en un comportamiento amable y sencillo.

Con la alegría de la esperanza. La situación era preocupante. Y la comunidad cristiana sufría. San Pablo les envía una carta, con unos buenos consejos para poner las "cosas en su sitio": "Sirviendo al Señor con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración; compartiendo las necesidades de los hermanos; practicando la hospitalidad" (Rom 12, 11-13). Estos pueden ser otros tantos capítulos de la espiritualidad parroquial.

Firmes en la tribulación. No somos víctimas, sino testigos del Resucitado. Fieles seguidores del Señor que venció a la muerte. Una fidelidad que

es fiel reflejo de un amor perseverante. Es la fuerza que lleva al espíritu a estar disponible para que se realice la voluntad del Señor.

Con la resurrección de Cristo todo ha cambiado: de la cruz hemos pasado al gozo, de la muerte a la vida, de las afrentas a la alabanza, de las lágrimas al consuelo, del pecado a la gracia, de las tinieblas a la luz. Así es nuestra pascua: tránsito y cambio de lo viejo a lo nuevo, de la opresión a la justicia, del pecado a la virtud.

Perseverantes en la oración. La oración es un don del Espíritu para ayudar al hombre a verlo todo con "los ojos" de Dios. Es meterse en el mismo corazón de Cristo y contemplar toda la realidad de lo creado desde esa sublimidad de la anchura y profundidad del misterio de Cristo.

La liturgia es la fuente y la cumbre de la oración. La vida espiritual de la parroquia se alimenta en la celebración de los sacramentos, particularmente en la Eucaristía, pues este augustísimo sacramento "es la presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual. (...) Y no se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene como raíz y centro la celebración de la sagrada Eucaristía"⁴⁷.

Todo cuanto se refiere a la Eucaristía se vive en una espiritualidad comunitaria, eclesial.

⁴⁷Juan Pablo II. Ecclesia de Eucaristía 9, 32

Hay dos temas de actualidad pastoral sobre la celebración de la Eucaristía. Uno se refiere a las celebraciones de grupos particulares y el otro a las celebraciones sin sacerdote. "En algunas circunstancias pastorales en las que, precisamente para lograr una participación más consciente, activa y fructuosa, se favorecen las celebraciones en pequeños grupos. Aun reconociendo el valor formativo que tienen estas iniciativas, conviene precisar que han de estar en armonía con el conjunto del proyecto pastoral de la diócesis. En efecto, dichas experiencias perderían su carácter pedagógico si se las considerara como antagonistas o paralelas respecto a la vida de la Iglesia particular. A este respecto, el Sínodo ha subrayado algunos criterios a los que atenerse: los grupos pequeños han de servir para unificar la comunidad parroquial, no para fragmentarla; esto debe ser evaluado en la praxis concreta; estos grupos tienen que favorecer la participación fructuosa de toda la asamblea y preservar en lo posible la unidad de cada familia en la vida litúrgica"⁴⁸.

Debido a la escasez de presbíteros, cada vez son más frecuentes las celebraciones "en espera del sacerdote", es decir: sin la presencia del ministro ordenado. "Es doloroso y fuera de lo normal que resulta la situación de una comunidad cristiana que, aún pudiendo ser, por número y variedad de fieles, una parroquia, carece sin

⁴⁸Benedicto XVI. *Sacramentum caritatis* 63.

embargo de un sacerdote que la guíe. En efecto, la parroquia es una comunidad de bautizados que expresan y confirman su identidad principalmente por la celebración del Sacrificio eucarístico. Pero esto requiere la presencia de un presbítero, el único a quien compete ofrecer la Eucaristía in persona Christi. Cuando la comunidad no tiene sacerdote, ciertamente se ha de paliar de alguna manera, con el fin de que continúen las celebraciones dominicales y, así, los religiosos y los laicos que animan la oración de sus hermanos y hermanas ejercen de modo loable el sacerdocio común de todos los fieles, basado en la gracia del Bautismo. Pero dichas soluciones han de ser consideradas únicamente provisionales, mientras la comunidad está a la espera de un sacerdote"⁴⁹.

Día de la parroquia. El domingo tiene que estar en el centro de la vida parroquial. Con expresiones de la carta apostólica *Dies Domini*, es el día del Señor, de Cristo, del don del Espíritu, de la fe y de la Iglesia, del hombre... El domingo es el día del sacerdote, del párroco, de la comunidad parroquial.

Por encima de cualquier otra significación, el domingo es el día del Señor. El sacerdote será el encargado de que en cada una de sus acciones, particularmente en la celebración de la Eucaristía, los fieles perciban esa presencia del Señor que vive entre ellos. El sacerdote ha de cuidar con

⁴⁹Juan Pablo II. *Ecclesia de Eucaristía* 32.

esmero todos y cada uno de los signos que expresan la sacramentalidad del domingo: estudio de la palabra, disposición del altar y del templo, adornos y música, preparación de los ministros... En definitiva, un cuidadoso esmero en la liturgia.

El domingo es el día más propio de la comunión con Cristo, con la Iglesia, con la parroquia, de los hermanos entre sí. El párroco ofrece un expresivo signo de unidad y de universalidad en la relación personal con sus feligreses, ante los que representa, en alguna forma, a Cristo, a la Iglesia, al Papa, a su propio Obispo...

El domingo es el día donde se manifiestan las acciones más propias del párroco: reunir, reconciliar, anunciar la palabra, celebrar la Eucaristía, construir la unidad y vivir la caridad. Si el párroco ha de ser ministro y servidor, en momento alguno puede manifestar y ejercer su más propia identidad, que la celebración del domingo: Día del Señor y día del párroco y de la parroquia.

Hacer del domingo la fiesta principal en la vida de la parroquia, tanto en la celebración de la Eucaristía como en la práctica de la caridad. Ayudar a tomar conciencia del irrenunciable deber del precepto dominical y de la necesidad de la misa para la vida cristiana.

Habrà que ayudar a descubrir, con la adecuada catequesis, el sentido del domingo y su

valor y significado como día del Señor, de la Iglesia y de la fraternidad. Tener en cuenta la inspiración catecumenal de la iniciación cristiana en la que, además del conocimiento de la fe, del aprendizaje y práctica de la vida cristiana y la participación en la comunidad cristiana, se inicie a los niños y a los jóvenes a la vida litúrgica y a la oración con una catequesis mistagógica que les haga entender el significado y el valor del domingo.

Compartiendo las necesidades de los hermanos. La caridad no se contenta con hablar de necesidad, sino que pone en marcha los más adecuados y eficaces proyectos para conseguir que las personas, en mayor indigencia y exclusión, puedan vivir con dignidad. Esta caridad, sólida e incuestionablemente basada en la justicia y el derecho.

En la encíclica *Caritas in veritate* (n. 6), Benedicto XVI subraya que “la caridad va más allá de la justicia, porque amar es dar, ofrecer de lo “mío” al otro; pero nunca carece de justicia, la cual lleva a dar al otro lo que es “suyo”, lo que le corresponde en virtud de su ser y de su obrar. No puedo dar al otro de lo mío sin haberle dado en primer lugar lo que en justicia le corresponde. Quien ama con caridad a los demás, es ante todo justo con ellos. No basta decir que la justicia no es extraña a la caridad, que no es una vía alternativa o paralela a la caridad: la justicia es <inseparable

de la caridad>[1], intrínseca a ella. La justicia es la primera vía de la caridad”.

Una caridad que procede de la más recta de todas las intenciones: el amor a Jesucristo presente en nuestros hermanos más necesitados. Es un hipócrita quien dice que ama a Dios y no cuida de su hermano. Esa rectitud es garantía de autenticidad. No existe interés alguno más que el de cumplir, de la forma más fiel posible, el mandamiento nuevo del Señor: ayuda a tu hermano como Jesucristo te ha querido a ti, que ha entregando la vida para la salvación de todos.

La caridad, en la vida parroquial, es respuesta a una fe sincera. Que está atenta a la palabra de Dios y quiere seguir el camino marcado por Jesucristo, que es la palabra viva y su comportamiento es siempre referente incuestionable para todos los cristianos. “El amor *-caritas-* es una fuerza extraordinaria, que mueve a las personas a comprometerse con valentía y generosidad en el campo de la justicia y de la paz” .

* * * * *

La comunidad cristiana de Ars era, para su párroco, al mismo tiempo gozo y cruz. La Iglesia, por medio del obispo, le había encomendado el cuidado pastoral de esa parte del pueblo de Dios. Desde el primer momento sintió la alegría de poder servir y cuidar a todos. Pero éste amor era también la más pesada cruz, pues le parecía que no era capaz de responder a lo que suponía la debida atención a la parroquia en todas sus dimensiones, particularmente en lo que se refería a la santificación de los feligreses. Al final, el Señor llenó de gozo su corazón haciéndole comprender que Él había llevado la cruz por todos y en todo, y que donde no pudiera llegar la dedicación del párroco, allí estaría también la acción redentora de Cristo.

Sentida y auténtica era la devoción que el cura de Ars tenía a la Madre de Dios, sobre todo en el misterio de la Concepción Inmaculada. Antes de que se definiera el dogma, ya había consagrado su parroquia a la Virgen concebida sin pecado.

En la vida y misión del sacerdote no puede faltar la presencia de María. En la primera alocución que el nuevo Papa dirigió a los cardenales, en la misma capilla Sixtina, Benedicto XVI dijo que él sólo quería servir a Jesucristo, dedicándose totalmente al servicio de su Iglesia. Para ello invocaba la materna intercesión de María Santísima, en cuyas manos quería poner el presente y el futuro de su persona y de la Iglesia.

Han pasado ciento cincuenta años de la muerte de Juan María Vianney. Un párroco santo y un ejemplo para la vida y el ministerio del sacerdote.

Sevilla 15 de agosto de 2009. Año sacerdotal. Solemnidad de la Asunción de María.

+ Carlos, Cardenal Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla

